

NANCY MCWILLIAMS: *Psychoanalytic Psychotherapy. A Practitioner's Guide*, The Guilford Press, New York, 2004. 353 páginas.

Para los seguidores de Maimónides o los conocedores de la tradición humanista medieval (pensemos en Brunetto Latini y la tradición *güelfa*), o para cualquiera que piense que la gobernanza de la vida del individuo es materia de estudio para la ciencia de la política, este libro puede ser de interés. Su autora es una psicoanalista de gran experiencia como terapeuta y como maestra de terapeutas. Al comienzo de su obra nos confiesa que “la psicología puede que sea una ciencia, pero la psicoterapia es un arte” (p. ix). Pues bien, Nancy McWilliams, profesora del *Institute of Psychoanalysis and Psychotherapy of New Jersey* y de la vecina *Rutgers University*, nos ofrece un buen resumen de lo que es hoy este arte y esta ciencia, explicándonos los pormenores de una práctica profesional que, como norma, entra en escena cuando la vida de los individuos se desgoberna severamente.

McWilliams tiene un buen conocimiento de la evolución teórica del psicoanálisis y presenta con agradable ecuanimidad las diferentes escuelas, o aportaciones teóricas, que se han ido sucediendo a lo largo del siglo de vida de esta especialidad. Aunque su punto de partida es freudiano —ella misma se reconoce seguidora en lo fundamental de Sigmund Freud— no se cierra a otras corrientes del psicoanálisis, ni tampoco a otras variedades de psicoterapia, a las que ve como aportaciones valiosas. Terapias a veces necesarias como complemento, eso sí, de la terapia central.

Como libro informativo de la evolución del psicoanálisis es claro y completo. Aunque está pensado para terapeutas que comienzan su carrera profesional o para

personas interesadas en el mundo de la terapia psicoanalítica, el libro puede ser también útil para otras personas. En particular, puede ser útil para los estudiosos en ciencias sociales.

Uno de los méritos del libro es su estilo concreto y no sectario en la presentación de los temas. La autora no hace uso de esa arrogancia que en épocas anteriores utilizaban los expertos en psicología para hablar de los problemas de conducta —o gobierno, diríamos nosotros— de los seres humanos. McWilliams huye del esoterismo o del lenguaje impenetrable y da muestras de estar intentando honestamente hacerse entender de forma sencilla y detallada. Se agradece que baje a los pequeños detalles, como los inconvenientes de ser analista en una localidad pequeña, el manejo de las emergencias, las dificultades con la moral establecida en las familias de los pacientes y en los ámbitos en que se trabaja, los problemas de financiación de la terapia y los inconvenientes de la profesión a la hora de reclutar y promocionar a sus profesionales. Bien es verdad que en este punto se echa en falta más concreción al hablar del dinero, del precio de las sesiones terapéuticas, punto sobre el que pasa McWilliams de puntillas y sin dar cifra alguna; algo que sorprende en una autora sensible al detalle y que tiene siempre presente, y así lo menciona, la necesidad del *cliente* de saber las cosas. McWilliams se refiere casi siempre al paciente como *cliente* y lo cierto es que no profundiza en las implicaciones de este apelativo. Parece que el dinero y la promoción interna de los psicoanalistas siguen siendo puntos muy sensibles para la institucionalización del psicoanálisis.

Resulta muy informativo este libro sobre la preparación que recibe o debe tener un analista, sus condiciones personales, los límites de la situación terapéutica, las bases del proceso terapéutico, los problemas cotidianos y, en resumen, las dificultades de la vida profesional y moral del terapeuta. Como suele ser frecuente entre los teóricos del psicoanálisis, su lenguaje resulta con frecuencia marcadamente político. Nuestra autora reconoce sin ambages que “las virtudes y peligros de la teoría psicoanalítica radican en el hecho de que el terapeuta está en una posición de un poder emocional sustancial” (p. 159). Para ella, el trabajo del terapeuta es eficaz debido a esta posición de poder en que la situación analítica le coloca. Aunque, desde luego, para McWilliams enseguida queda claro que “el poder es moralmente neutral. Puede aplicarse con fines buenos o dañinos” (p. 150).

Con frecuencia se comenta en el libro que la capacidad del terapeuta para poder curar a sus clientes está basada en “la autoridad” (p. 46) o en el poder tan extraordinario que el paciente pone en las manos de su analista. Un mérito de McWilliams es su actitud respetuosa y abierta hacia escuelas terapéuticas que han ido más allá de su maestro Freud. De ahí que con frecuencia recurra a H. S. Sullivan, M. Klein, W. R. Bion, D. W. Winnicott, H. Kohut u otros. Su intuición la lleva a aceptar de buen grado alguna alternativa a las terapias *poderosas*, es decir terapias en las que se hace uso sin tapujos del poder que se le otorga al terapeuta, como ocurre de manera exagerada en el caso de la hipnosis en donde el doctor da literalmente órdenes muy estrictas a los pacientes sugestionados. Una práctica que, por cierto, repugna-

ba al joven Freud. Una de estas terapias *no mandonas* que le agradan a nuestra autora es la que propugnaba Bion con un planteamiento innovador en donde el terapeuta deja a un lado su deseo y su memoria (p. 134) para poder atender adecuadamente al paciente. Aunque McWilliams no parece caer en la cuenta, admite así un tipo de psicoanálisis que no entiende la intervención sobre el gobierno de la vida del paciente como algo propio del poder ejecutivo (la memoria y la voluntad), sino más bien del legislativo (el dialogo terapéutico durante la sesión) y el buen juicio.

Los capítulos 8 y 9 están dedicados a sendas historias del tratamiento de dos pacientes, Molly (cap. 8) y Donna (Cap. 9), contadas en un tono que quiere ser científico y equilibrado, pero que suena a pequeña epopeya. Siempre suscitan duda estas historias clínicas y humanas contadas por una sola parte e ignorando que lo que ha ocurrido en ese proceso es casi imposible de trasladar a un texto. Aun con estas reservas, las historias vuelven a tener un gran interés si se leen desde el ángulo del gobierno del individuo.

En resumen, un libro sensato y bien documentado sobre las capacidades del psicoanálisis para ayudar al buen gobierno de las personas, escrito por una terapeuta que cuenta con preparación y experiencia. Una buena ayuda para revisar en síntesis el camino que la práctica de esta tradición terapéutica está adoptando a comienzos de nuestro nuevo siglo. Hay que añadir que, para bien y para mal, se trata de una versión norteamericana del asunto, pero escrita con cuidado y sin afán de excluir a nadie ni de establecer ortodoxia alguna.

GIUSINI SAMOGGIA